

# LA MUJER DEL APOCALIPSIS

(Apoc. II, 19-12, 18)

(Salmanticensis, Vol. 1, Fasc. 3, 1954, pp. 675-687)

por ALBERTO COLUNGA, O. P.

SUMMARIUM.—*Exponit auctor textum Apocalypseos ad normam principiorum generalium exegeseos et specialium generis apocalypticum, quod est huius libri S. Ioannis proprium. Et ostendit, iuxta hanc expositionem, mulierem, de qua in cap. XII Apocalypseos, esse nationem israeliticam, seu potius, Israelem Dei, ut ait Apostolus Paulus. Cum tamen a Patribus doceamur S. Scripturam legere ad lucem altiorum principiorum, primo ad lucem principii analogiae eam exponimus. Iam vero S. Paulus Adamum proponit typum Christi, et operi protoparentis opus opponit Salvatoris (Rom. 5, 12 ss.; 1 Cor. 15, 45 ss.). Hanc expositionem Patres prosequuntur, iam a saeculo II, et Evam proponunt typum Mariae eiusque opus in mysterio Incarnationis operi opponunt Evae. Huic innisi principio plurima mysteria declarant de Deigenitrice ac de ejus in mysterio Incarnationis cooperatione. Eadem viam prosequi etiam licet theologis, qui doctrinae mariologicae incumbunt.*

El *Apocalipsis* ha sido considerado siempre, junto con el *Cantar de los Cantares*, como el libro más misterioso de la Sagrada Escritura. El Cardenal Cayetano, que se había propuesto exponer todos los Libros Sagrados según su sentido literal, renunció a comentar estos dos, porque, a pesar de su agudo ingenio, no atinaba con el sentido literal, y no quería seguir el ejemplo de tantos que le habían precedido. Pero la exégesis moderna ha encontrado la clave para descifrar los misterios del *Apocalipsis*. Esta clave es la definición del género literario llamado apocalíptico en que está escrito. Se caracteriza este género por el predominio del elemento figurado: metáforas, alegorías, símbolos de toda especie. Por fortuna no es único este libro entre los Libros Sagrados, que haya sido compuesto en este género literario. En el Antiguo Testamento tenemos el libro de Daniel, el de Joel y no pocas secciones de otros profetas como Isaías, Ezequiel y Zacarías. El mismo Nuevo Testamento nos ofrece el discurso apocalíptico del Señor, referido por los tres sinópticos. Pero debemos notar que el autor del *Apocalipsis* se inspira principalmente en el Antiguo Testamento. La mayor parte de sus imágenes están tomadas de los libros proféticos e históricos del Viejo Testamento. Algunas, tal vez, procedan del ambiente mismo, en que el autor vivía. Pero con todo esto el profeta —pues el *Apocalipsis* es una profecía— es un discípulo de Jesús, es el autor del cuarto

evangelio, que en otro estilo, el de la historia evangélica, nos inculca las enseñanzas del divino Maestro. Y cuando le apellidamos profeta entendemos por tal, no sólo el que predice los sucesos futuros, sino también el que ilustrado por el Espíritu Santo, «habla a los hombres para su edificación, exhortación y consolación» (1 Cor. 14, 3), en el estilo de los antiguos profetas.

El Salvador insiste en el Evangelio sobre las persecuciones que los discípulos habían de experimentar de parte del mundo, y los Apóstoles, que veían cumplirse las predicciones de su Maestro, repiten estas enseñanzas a los que van ganando a la fe de Jesús. Por muchas tribulaciones, decía San Pablo, nos es preciso entrar en el reino de Dios. (Act. 14, 22). San Juan, que escribió al fin del siglo primero, cuando todos los otros Apóstoles habían sellado con su sangre el Evangelio, que predicaban, viendo alzarse contra él la potencia del Imperio Romano, escribió el *Apocalipsis* para alentar a los cristianos a soportar la lucha, confortándolos con la esperanza firme de la victoria final, representada finalmente en la resurrección.

Estas observaciones son indispensables para entender el sentido del *Apocalipsis*. Advirtamos además que la lucha no es nueva. Los antiguos justos y profetas ya la habían experimentado y Jesús había dicho a los suyos que su suerte no sería distinta. Pues San Juan, para desarrollar su tema, empieza pintándonoslas con vivas imágenes en los capítulos que preceden al que nos proponemos explicar. No hay duda que los capítulos 8-10; nos pintan la acción de la justicia divina contra el mundo pagano, y que 11, 1-14 resumen la historia del Antiguo Testamento, representada en Moisés y Elías, los mismos que aparecieron en la transfiguración del Señor. La séptima trompeta anuncia la llegada del reino de Dios y del Mesías, que será inaugurado con el juicio sobre las naciones y sobre Israel, como tantas veces lo predicen los profetas.

Así lo había anunciado el Angel con solemne juramento (10, 5-7): «en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él suene la trompeta, se cumplirá el misterio de Dios, como El lo anunció a sus siervos los profetas». La realización de este anuncio se contiene en 11, 19-12, 18, donde se cuenta la aparición del Mesías, su ascensión triunfante a los cielos y el comienzo de las luchas contra sus fieles, cuya descripción es el objeto principal del *Apocalipsis*. El autor tiene ante sus ojos la sentencia del Señor en la última cena: «En el mundo tendréis aprietos, pero confiad, que yo vencí al mundo».

\* \* \*

11, 19. «Se abrió el templo de Dios, que está en el cielo y dejóse ver el arca del Testamento en su templo, y hubo relámpagos, y voces, y rayos, y un temblor y granizo fuerte».

Naturalmente, cuando queremos dirigirnos a Dios, levantamos los ojos

al cielo: Esa sería la morada propia de Dios, según nuestro instinto religioso. Pero los fieles del Antiguo Testamento, queriendo tener a Dios más cerca de sí, se lo imaginaban morando en el templo. El templo era la morada de Dios entre los hombres. Pero nuestro profeta que había sido invitado a subir al cielo y había recibido la gracia de contemplar la gloria de Dios en medio de su corte, trasladada al cielo lo que muchas veces había visto en la tierra, el templo. Pero advertimos, que este templo, *hekal*, era el palacio de Dios, no era la iglesia, o sea, el lugar en que los fieles se reúnen para orar al Padre celestial. En ese templo del cielo, traspunto del de la tierra, se halla como en el antiguo, el arca, oculta a la vista de los hombres, porque era el símbolo del mismo Dios y a Dios nadie podía verle sin morir. El abrirse el templo, que en el Antiguo Testamento siempre estaba cerrado, y el dejarse ver el arca misteriosa, no es otra cosa que la realización de lo que en otro lugar escribe San Juan: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad». (Jo, 1, 14). Es «la aparición de la humanidad y benignidad de nuestro Dios y Salvador» (Tit. 3, 4). Los relámpagos y truenos son las salvas con que la naturaleza saluda la aparición de su Señor en la tierra (Ps. 18, 7 ss.).

12, 1 s. «Apareció en el cielo una señal grande, una mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas, y, estando encinta, gritaba con los dolores del parto y las ansias de parir».

En 11, 19 hemos visto expresado en forma simbólica el misterio de la encarnación, pero en el cielo. También aquí esta señal o fenómeno maravilloso, que atrae la atención, se deja ver en el cielo, pero en el cielo atmosférico, de suerte que pueda ser contemplado por los moradores de la tierra. Esta *señal* es una mujer. Para no dejarnos deslumbrar por el vocablo, notemos que tenemos ante los ojos el *Apocalipsis*. Son muchos los lugares de los profetas, en que la mujer es la personificación de Israel. Dejando aparte a la esposa del *Cantar de los Cantares*, podemos ver esto mismo en Ezequiel, 16, 23, en la historia de Oola y Ooliba, las dos hermanas prevaricadoras y en Miq. 4, 9. Los libros apócrifos, que suelen inspirarse en la literatura canónica también siguen la misma norma (4 Esdr. 9, 38-10, 59; Baruc siríaco 14). El mismo el Apóstol los imita en Gal. 4, 26 s. Como en Hebr. 11, 10; 12, 22; 13, 14, la ciudad de Jerusalén significa la Iglesia. Del *Apocalipsis* nos bastará citar la Esposa del Cordero, que es la Jerusalén celestial, para demostrar el empleo simbólico de la mujer en el *Apocalipsis* (19, 8; 21, 11). Pero notemos que es calificada de «una gran señal». Ella viene envuelta en la luz solar, tiene a sus pies la luna, y doce estrellas forman su corona. Es la luz la imagen más apropiada para expresar la gloria de Dios. El salmista nos representa a Dios «revestido de luz como de un manto» (104, 2). La imagen, que Ezequiel nos da de Yavé en su primera visión, no es otra

cosa que fuego, luz, resplandor (1, 26 ss.). Si Dios es luz, es natural que de ella participen sus mensajeros, y aquellos en quienes se propone dar a conocer su origen celestial. Isaías se dirige así a la Jerusalén mesiánica: «Levántate y resplandece, que ya se alza tu luz y la gloria de Yavé alborea para ti, mientras está cubierta de sombras la tierra y los pueblos yacen en tinieblas. Sobre ti viene la aurora de Yavé, y en ti se manifiesta su gloria. Las gentes andarán a tu luz y los reyes a la claridad de tu aurora» (60, 1 s.). El sol, la luna y las estrellas son los tres focos de luz celestial, que conocemos y todos ellos contribuyen a revelar la gloria de esta mujer maravillosa. Asimismo en el *Cantar* se nos describe la Esposa alzándose «como la aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como escuadrones ordenados» (6, 10). Aunque no con los mismos vocablos, pero sí con la misma imagen de luz, claridad y gloria nos pinta Baruc la Jerusalén mesiánica: «Despójate, Jerusalén, de tu saco de duelo y aflicción, vístete para siempre los ornamentos de la gloria, que te viene de Dios; envuélvete en el manto de la justicia, que Dios te envía; ponte en la cabeza la mitra de gloria del Eterno, que Dios hará ver tu gloria a toda nación debajo del cielo» (5, 1 s.; cf. Ef. 5, 25 ss.).

Mas a pesar de la gloria que la circunda, esta mujer grita por los dolores del parto y las ansias de parir. He aquí otra imagen también frecuente en la Escritura. Isaías, queriendo pintarnos lo estéril de los sufrimientos de Israel, recurre a esta imagen: «En la aflicción, oh Yavé, te hemos buscado, hemos clamado en la angustia, cuando tu castigo nos hería. Como la mujer encinta, cuando llega el parto, se retuerce y grita, así estábamos nosotros lejos de ti, oh Yavé. Concebimos y en dolores de parto parimos viento y no nacieron habitantes» (26, 17 s. cf. 66, 8 s.). Muy otro es el oráculo de Miqueas consolando al pueblo con la liberación mesiánica: «Te dueles y gimes, hija de Sión, como mujer en parto, porque vas a salir ahora de la ciudad y morarás en los campos y llegarás hasta Babilonia; pero allí serás librada, allí te redimirá Yavé del poder de tus enemigos» (4, 10).

Para entender el sentido de esta imagen notemos que el mesianismo era el objeto de las continuas y vivas esperanzas de Israel. Los profetas acuden a ellas para consolar al pueblo en los momentos de dolor, cuando los amenazaban con la invasión de enemigos, instrumentos de la justicia de Dios, o cuando se veían ya bajo el peso de la invasión o del cautiverio. Hace tiempo existía en España un partido político, que ansiaba una gran catástrofe nacional, esperando que de ahí saldría la verdadera salud de España. Pues algo así era la mentalidad de los profetas y del pueblo, que creía en su palabra. Yavé sometería al pueblo a dura penitencia en castigo de sus prevaricaciones; pero cuando mayor fuera la tribulación y más lejana la esperanza humana de remedio, más fundada sería la esperanza de la salud mesiánica. El Mesías, tan prometido a Israel, vendría en los

mayores aprietos de la nación; su nacimiento iría acompañado de graves dolores de su pueblo, y estos dolores eran para Israel como los dolores de parto. San Pablo habla también de estos dolores al fin de los tiempos, antes de la salud definitiva (1 Thess. 5, 3). Como los profetas hablan también los apócrifos y los rabinos, y a veces con tanta ponderación que algunos renunciarían con gusto a los bienes mesiánicos por no experimentar calamidades tan graves (Cf. LAGRANGE, *Le Mesianisme*, p. 186 ss.). Este es sin ninguna duda el sentido de San Juan, expresado en estilo muy conforme con el de los profetas antiguos y muy ajustado al lenguaje apocalíptico.

3. «Apareció en el cielo otra señal, y vi un gran dragón de color de fuego, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre las cabezas siete coronas».

Como la mujer así el dragón aparece en el cielo atmosférico para que pueda ser visto desde la tierra. Este dragón nos lleva al paraíso, donde la serpiente tentadora se nos aparece contraria a Dios y a sus planes de misericordia sobre los hombres. Bajo la figura del dragón, como de la serpiente, es preciso ver al espíritu del mal, homicida desde el principio (Jo. 8, 44). Las siete cabezas y los diez cuernos son elementos tomados de Daniel 7, 7; 8, 9 s. Las cabezas, como los de la hidra de la fábula, significan su resistencia a la muerte; las coronas serán la grandeza de su poder, como que lo ejerce por tantos reyes.

4. «Con su cola arrastró la tercera parte de los astros del cielo y los arrojó a la tierra. Y se paró el dragón delante de la mujer, que estaba a punto de parir, para tragarse a su hijo en cuanto lo pariese».

Aquí nos apunta San Juan una idea propia del Nuevo Testamento. Con su potencia el dragón arrastra en pos de sí una buena porción de los ángeles del cielo y con la misma arrastrará también a muchísimos hombres, como arrastró a los primeros padres en el paraíso. La actitud del dragón nos dice bien cuales son sus intentos, y la historia evangélica nos los declara mejor. Los conatos de Herodes de acabar con el Niño recién nacido obedecían a inspiración diabólica; pero sobre todo las tentaciones del desierto para anular la misión de Jesús, y más todavía los esfuerzos de los judíos estimulados por el poder de las tinieblas (Lc. 22, 3, 53) para acabar con el Salvador, nos dan bien a entender todo el sentido que tenía para San Juan la actitud, del dragón en frente de la mujer, que está para dar a luz.

5. «Parió un varón, que ha de apacentar a todas las naciones con vara de hierro; pero el Hijo fué arrebatado a Dios y a su trono».

Las palabras tomadas del salmo segundo «que ha de apacentar a las naciones con cetro de hierro», nos dicen bien claro quién es ese Niño varón, el cual no es otro que el Mesías. Aquí el profeta no nos dice nada de la vida terrestre del Niño, como si acabando de nacer, fuera arrebatado

al cielo. Todo esto lo deja narrado en el evangelio; lo que aquí le interesa es la continuación de la lucha entre el dragón y los seguidores del Niño. Aun en el evangelio pasó por alto la infancia y la juventud de Jesús.

6. «La mujer huyó al desierto, en donde tenía un lugar preparado por Dios para que allí la alimentasen durante mil doscientos sesenta días».

Los oráculos proféticos habían predicho que el Mesías nacería de la descendencia de Abraham, de la familia de David, del pueblo de Israel. Pero advertimos que para nuestro profeta, como para San Pablo, no todos los nacidos de Abraham son israelitas, son pueblo de Israel. Para él los verdaderos israelitas son los hijos de Abraham según la fe. Esos son los que forman el *Israel de Dios*, del cual nació el Mesías, y esos están aquí representados por la mujer, madre del Mesías. ¿Qué significa su huida al desierto para escapar a las acometidas del dragón? En el desierto halló Israel un refugio contra las persecuciones de Faraón, y en el desierto fué alimentado por Dios con el maná; al desierto dice Dios por Oseas que llevará a Israel y que le hablará al corazón (2, 16). Este desierto no es otra cosa que el retiro del mundo, en que reina el dragón, Satanás, para vivir la vida escondida con Cristo en Dios (Col. III, 3), alimentada con el pan bajado del cielo, que es la Eucaristía figurada por el maná (Jo. 6, 31 ss.).

Eusebio nos cuenta cómo al acercarse la guerra judía, el año 67 los fieles de Jerusalén, en virtud de una revelación divina, se retiraron a Pella, en la Transjordania, escapando con esto a los estragos de la guerra. (*Hist. Ecl.*, III, 5, 3). No hay inconveniente en admitir que este hecho, si fué conocido por San Juan, le haya sugerido esta imagen de la huida al desierto, aunque, a decir verdad, la Transjordania estaba entonces muy lejos de ser un desierto. El tiempo de la permanencia es media semana de años. Este modo de contar se halla tomado de Daniel, así como Daniel se inspira en Jeremías y Jeremías en la Ley (Ex. 23, 10 s.; Lev. 25, 1-7). Para entender el sentido real de estas imágenes cronológicas empecemos por notar que para nuestro profeta la duración de la historia se halla representada por una semana de años. De estos siete años la mitad pertenecen al Antiguo Testamento (11, 2 s.), la otra mitad al Testamento Nuevo. Por consiguiente los 1.260 días abarcan la duración de las persecuciones de la Iglesia, hasta que llega el reinado de Cristo en el milenio. En la epístola de Bernabé (15, 4) la duración del mundo, creado en seis días será de seis mil años. Semejante cálculo, tomado de las escuelas rabínicas, sin duda que está inspirado en Gén. 2, 2, s., pues el día del Señor equivale a mil años (2 Petr. 3, 8).

7-12. Como preámbulo a las luchas, que el dragón va a empezar contra los fieles de Cristo, el profeta nos propone esta batalla entre los ángeles y los espíritus réprobos, en la cual se nos anuncia el resultado de la lucha. Esta victoria de Miguel es la victoria, que Jesús había anunciado en Lc. 11, 20 ss. y en San Juan 12, 31: «Ahora es el juicio de este mundo,

ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera». Aquí tenemos juntos en uno el mundo y el príncipe de este mundo, y por aquí podemos entender mejor el pleno sentido de las otras palabras: «En el mundo habéis de tener tribulación, pero confiad, yo he vencido al mundo» (Io. 16, 33). Jesús forma un todo con sus fieles; las persecuciones, que El sufrió del mundo y de su príncipe Satán, se habrán de continuar contra los suyos, porque el discípulo no puede ser de mejor condición que el maestro (Io. 15, 18 ss.); pero la victoria alcanzada por Jesús beneficiará a los suyos, que con la fortaleza del Maestro serán también vencedores.

7 s. «Hubo una batalla en el cielo; Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón y peleó el dragón y sus ángeles, y no pudieron triunfar ni fué hallado su lugar en el cielo».

El cielo atmosférico, los aires son la morada de las potestades aéreas (Eph. 2, 2) y ahí es donde tiene lugar la batalla entre las legiones del Padre celestial (Mt. 26, 53) y las de Satán. Miguel, el protector del pueblo de Dios en Daniel 10, 21; 12, 1, es el caudillo de los ejércitos del cielo contra las fuerzas del dragón. La victoria, como es natural, se declaró por la causa de Dios, que es la misma causa de Jesús y de los suyos.

9. «Fué arrojado el dragón grande, la antigua serpiente, que extravió a toda redondez de la tierra, y fué precipitado en la tierra y sus ángeles fueron con él precipitados».

Después de una batalla es ordinario que el campo quede por el vencedor, y que el vencido sea obligado a retirarse, en orden o en desordenada fuga. Tal sucede aquí. Las fuerzas del dragón con su caudillo son arrojadas en la tierra, abandonada su morada propia del cielo atmosférico. Pero en la tierra no dejaron de seguir la lucha, que habían comenzado con tan felices resultados en el paraíso.

10. «Oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora llega la salvación, el poder, el reino de nuestro Dios y la autoridad de su Cristo, porque fué precipitado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Pero ellos le han vencido por la sangre del Cordero y por la palabra de su testimonio y despreciaron su vida hasta morir».

Tales son los frutos de la victoria de los ejércitos de Dios sobre los de Satanás, que el profeta oye proclamar en el cielo. Aquí conviene que entendamos la victoria de Cristo sobre los poderes del infierno. Antes de ahora Satanás arrastraba a los hombres al pecado constituyéndolos reos ante la justicia de Dios; ahora ellos han vencido por la sangre del Cordero, pero han vencido perdiendo la vida por dar testimonio de Cristo. Es la victoria suprema de los fieles, la que aquí pondera el profeta, porque era la que exigían las circunstancias de la persecución. Cristo vence en sus fieles, y éstos vencen por la virtud de la sangre, que Cristo derramó en

su combate. Al fin una es la victoria de ambos, como uno es también el vencido.

12. «Por eso regocijáos, cielos, y todos los que moráis en ellos. ¡Ay de la tierra y de la mar! porque descendió el diablo a vosotros animado de gran furor, por cuanto sabe que le queda poco tiempo».

La victoria de los ejércitos celestiales debe ser motivo de regocijo en el cielo, es decir, entre los moradores del cielo, a los cuales se agregan todos aquellos, que han adquirido la ciudadanía del cielo y que con el espíritu moran ya en él. Tales son los fieles de Cristo, que aun viven en la tierra y que como moradores de la tierra todavía tienen que temer. Estos cantos de victoria se repiten con frecuencia en todo lo que resta del libro. Las razones son obvias. Primeramente el profeta quiere con ellos fortalecer en el ánimo de los fieles la esperanza de su triunfo. Luego la obra de la salud abarca muchas etapas, desde la victoria personal de Jesucristo hasta la victoria consumada de los fieles y de la Iglesia toda, al fin de los tiempos. San Pablo ha dicho: «En esperanza estamos salvos» Rom. 8, 24.

El diablo vencido y arrojado del cielo, cayó en la tierra lleno de la rabia, que le produce su derrota y el ansia de un desquite. Por esto la voz grita: «¡Ay de los moradores de la tierra!» Y el furor del diablo se aumenta, porque sabe que le queda poco tiempo, pues, como a los profetas el reino del Mesías se presentaba siempre cercano, así a nuestro profeta la victoria definitiva de Cristo y su reinado en la tierra con el fin de las persecuciones y la paz mesiánica. La lucha no durará más que media semana de años para nuestro profeta. El furor de Satanás alcanzará a todos los moradores de la tierra, pero de diverso modo, porque los idólatras le quedarán esclavizados y sometidos a la justicia de Dios, mientras que los fieles, aunque en apariencia vencidos, saldrán vencedores por el martirio, o el mérito de las tribulaciones. Aquí se nos anuncia lo que sigue hasta la completa derrota de Satán en el capítulo 19.

13. «Cuando el dragón se vió precipitado en la tierra, se dió a perseguir a la mujer, que había parido al Hijo varón».

El dragón muestra su furia sobre todo contra la mujer, es decir, contra el pueblo de Dios, formado por la descendencia de Abraham, según la fe. Esta descendencia es la que formaba en el Antiguo Testamento el verdadero Israel, del que nació el Mesías; y es la que, con la fe en el Mesías ya presente, forma la Iglesia de Cristo, aumentada con los venidos de la gentilidad. La diferencia de judíos y gentiles que tanto preocupó a los Apóstoles en el concilio de Jerusalén (Ac. 15, 1 ss.) habían pasado a la historia en los días en que San Juan escribía su *Apocalipsis*. En la actualidad todos son hijos de Abraham por la fe, miembros del Israel de Dios (Gal. 6, 16).



14. «Pero fuéronle dadas a la mujer dos alas de águila grande, para que volase al desierto, a su lugar, donde es alimentada por un tiempo, y dos tiempos, y medio tiempo, lejos de la vista de la serpiente».

Todo esto es lo mismo que queda dicho en el v. 6. Las alas de águila, y de águila grande, significan la rapidez de la retirada de la mujer al lugar que tiene preparado en el desierto. (Ex. 19, 4; Deut. 32, 11). En el desierto no hay elementos de vida, pero Dios se encargará de alimentarla como alimentó a Israel con el maná y el agua milagrosa. La duración de esta retirada de la mujer al desierto es siempre la misma, dos años, un año y medio, o sea, media semana de años, expresada en una forma nueva, que está tomada de Dan. 7, 25 y 12, 7.

15. «La serpiente arrojó de su boca, detrás de la mujer, como un río de agua, para hacer que el río la arrastrase».

No pudiendo dar alcance a la mujer que se retira con la velocidad del águila, recurre a este medio para alcanzarla e impedir su vuelo. Qué significado particular puede tener este detalle no es fácil de concretarlo, fuera de los múltiples esfuerzos de Satán para destruir la obra de la Iglesia y la inutilidad de tales esfuerzos. En los salmos las persecuciones y tribulaciones de los justos se hallan expresadas a veces por las muchas aguas, que amenazan anegarlos. Tal debe ser el origen de la imagen (Cf. Ps. 18, 5, 17; 32, 6; 42, 8; 124, 4; Os. 5, 10).

16. «Pero la tierra vino en ayuda de la mujer y abrió la tierra su boca y se tragó el río, que el dragón había arrojado de su boca».

Dios vela sobre la mujer, y el que le había preparado el retiro en el desierto y le había dado alas de águila para huir a él no había de abandonarla en este lance. Los lectores del *Apocalipsis* debían ver aquí una prueba de la protección de Dios sobre ellos, en las persecuciones que sufrían.

17. «Se enfureció el dragón contra la mujer y fué a hacer la guerra contra el resto de la descendencia, contra los que guardan los preceptos de Dios y tienen el testimonio de Jesús».

El dragón no se da por vencido y cada derrota sirve para aumentar su rabia. A las primeras persecuciones del Judaísmo en Palestina, de las que tenemos la prueba en los Actos de los Apóstoles, suceden las persecuciones del paganismo representado por el Imperio Romano. Estas persecuciones son cada vez más fieras, hasta que los gobernantes se convencen de su inutilidad y Dios, iluminando la mente de Constantino, dé la paz a su Iglesia, lo que significa el triunfo definitivo y el fin de la guerra que el profeta contempla con sus ojos. Las fuerzas del dragón no se dirigen contra los paganos, que son suyos, sino contra los fieles de Jesucristo, contra los que guardan los preceptos de Dios y se mantienen firmes en dar testimonio del Salvador. Esto era lo propio de los confesores de la fe, a que la Iglesia dió el nombre de mártires, de testigos (Act. 1, 8).

18. «Se apostó sobre la playa del mar». El mar en Palestina señala el Occidente. El dragón, pues, apostado sobre la playa de Palestina, mira al Occidente, a Roma, de donde le vendrá la ayuda que desea para proseguir la guerra. Y en efecto, en 13, 1 la bestia, en la que viene a encarnarse el dragón, procede del mar, del Occidente.

\* \* \*

Los lectores que hayan seguido esta breve exposición de la sección del *Apoc.* 11, 19-12, 18, habrán notado que se ajusta perfectamente al carácter literario del *Apocalipsis* y a los propósitos del profeta, que son alentar a los fieles en las persecuciones que los amenazan. La imagen de la mujer concuerda perfectamente con el género literario del libro y éste con el de muchas secciones proféticas, en que Jerusalén, Sión, la hija de Jerusalén o de Sión, etc., significan la ciudad o la nación entera. Con esto se explican perfectamente los dolores de la mujer, la rabia del dragón contra ella, la huida al desierto, en que permanecerá toda la duración de la lucha, expresada simbólicamente por la media semana de años, o sea, la mitad de la duración de la historia del pueblo de Dios. Todo esto nos parece claro y que no ofrece dificultades. Sin embargo, en nuestros días, los mariólogos han querido leer esta sección del *Apocalipsis* inducidos por sus preocupaciones teológicas y han pretendido sustituir la mujer por María, la nación santa de la que nació el Mesías, por la Madre, que le dió a luz. Con esto alteran el sentido de la sección y lo que antes era claro se vuelve oscuro. Los recursos a la mujer de Gén. 3, 15, a la doncella de Is. 7, 14, a la que ha de dar a luz de Miq. 5, 3, como lugares paralelos para determinar el sentido de nuestra sección apocalíptica, resultan violentos y no pueden convencer al lector del *Apocalipsis*. Por otra parte la doctrina mariológica, que de esta sección puedan deducir, ni será nueva, ni menos sólida, como fundada en una exégesis, que no lo es.

No obstante no renunciamos a dar alguna satisfacción a los devotos de María. Creemos que, sin olvidar las normas de la exégesis científica, entendida ésta en el amplio e integral sentido, que la doctrina católica nos enseña, podemos satisfacer la opinión de los mariólogos.

En las páginas que preceden nos hemos esforzado por presentar a los lectores el sentido literal histórico, o sea, el sentido que el profeta se propuso comunicar a sus lectores, a quienes quería alentar a enfrentarse con la persecución, con que el Imperio Romano los amenazaba. Según nuestro concepto del sentido pleno, no creemos que aquí nos pueda prestar algún servicio. Tampoco queremos acudir al sentido típico, que es el refugio último de los expositores, cuando se trata de concordar diversas sentencias exegéticas. Pero no se agota con estos sentidos la riqueza de la Sagrada Escritura, tal como nos enseñan a leerla los Santos Padres y la Iglesia con ellos.

San Pablo enfrenta a Cristo con Adán y dice: «Pero la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, aun sobre aquellos que no habían pecado como pecó Adán, *que es tipo del que había de venir*. Mas no fué el don como la transgresión. Pues, si por la transgresión de uno solo mueren muchos, mucho más la gracia de Dios y el don gratuito consistente en la gracia de un solo hombre, Jesucristo, se difundirá copiosamente sobre muchos. Y no fué el don lo que fué de la obra de un solo pecador, pues por el pecado de uno sólo vino el juicio para la condenación, mas el don, después de muchas transgresiones, acabó con la justificación» (Rom. 5, 14-16). La misma contraposición desarrolla el Apóstol en 1 Cor. 15, 45-49: «Que por eso está escrito: El primer hombre Adán fué hecho aima viviente, el último Adán, espíritu vivificante... El primer hombre fué de la tierra, terreno; el segundo hombre fué del cielo, celestial. Cual es el terreno, tales son los terrenos; cual es el celestial, tales son los celestiales».

Esta contraposición entre Adán y Cristo llevó a los Padres a otra contraposición, la de Eva y María, la cual, con frecuencia desarrollan los Padres, sirviéndose de ella para exponer la parte de María en la obra de la reparación humana. Es la aplicación del principio de *analogía*, que tiene tanta importancia en la ciencia teológica.

Oigamos a San Ireneo, el cual después de exponer el texto de los Romanos, mostrando con él cómo Jesucristo es el Padre espiritual de todos los hombres, así como Adán fué su padre natural, añade: «Consequenter autem et Maria obaudiens invenitur dicens: «Ecce ancilla tua, Domine, fiat mihi secundum verbum tuum». Eva vero inobaudiens non obaudivit enim adhuc, cum esset virgo. Quemadmodum illa virum quidem habens Adam, virgo tamen adhuc existens... (erant enim utrique nudi in Paradiso et non confundebantur, quoniam paulo ante facti, non intellectum habebant filiorum generationis; oportebat enim primo illos adolescere, dein sic multiplicari) inobaudiens facta, et sibi et universo generi humano causa facta est mortis, sic et Maria, habens praedestinatum virum, tamen virgo obaudiens, et sibi et universo generi humano causa facta est salutis) (*Adv. haereses*, l. III, p. II, sec. III. A; ed. de Sagnard, Paris 1952).

Al primero de los Padres podemos añadir el último, San Bernardo, el cual, hablando de la Virgen María la compara con el Arca del Testamento fabricada de madera espinosa, pues ella nació del espinoso pueblo judío. Pero otras plantas espinosas hay, fuera de la acacia del desierto, y a ellas se atiene, diciendo: «Aliter, Eva spina fuit, rosa Maria. Revera Eva spina fuit, quae et virum suum ad mortem pupugit et posteritati suae peccati aculeum infixit. Unde Apostolus: «Per unum hominem peccatum introivit in mundum et per peccatum mors, et sic in omnes pertransit (Rom. 5, 19)... Ad commendationem vero gratiae suae et ad destructionem humanae sapientiae, Deus de femina, sed virgine, descendente de spinosa Patrum origine, dignatus est carnem assumere, ut similem simili redderet, contra-

rium contrario curaret, pestiferam spinam evelleret, peccati chirographum potentissime deleret. Humilitas per sexum femineum commendatur, gloria virginis et majestas opitulatur, peccatum gratia ejicitur. Eva ergo spina fuit, Maria rosa exstitit; Eva spina, vulnerando; Maria rosa, omnium affectus mulcendo. Eva spina infligens omnibus mortem; Maria rosa reddens salutiferam omnibus sortem (*De B. Maria Virgine sermo*: ML 184, 1020).

Pues entre la mujer del *Apocalipsis*, que es la nación santa, la descendencia de Abraham según la fe, de la cual tuvo origen el Mesías, tantas veces prometido y la Madre originaria de esa nación, que le dió a luz, no hay contraposición, pero sí cierta analogía, en la que María lleva la ventaja sobre Israel. Porque, si el Apóstol pudo contar entre las glorias de Israel que de él era originario Cristo (Rom. 3, 1 ss.), mucho más se puede esto decir de la Madre que le dió a luz y que por esto mereció el título de *Madre de Dios*, siendo distinguida con una plenitud de gracia, que sólo por la de su Hijo es superada.

De la primera dice el Apóstol que es nuestra Madre (Gal. 4, 26), mucho mejor se puede dar este nombre a la que engendró a Cristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre, el primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8, 29) por quien nosotros hemos recibido la dignidad de hijos de Dios (1 Io., 2, 29). En la colación de esta dignidad, que nos ha venido por Cristo, ha tenido María una parte principal: primero, porque por ella hemos recibido al Salvador; luego por la estrecha cooperación de María en la obra de la reparación humana, desde el pesebre de Jesús hasta el Calvario. Semejante cooperación la hizo participante de las persecuciones, que su Hijo hubo de sufrir de parte del mundo y del príncipe de este mundo, como lo hizo participante de la victoria de su Hijo. Y como Cristo es perseguido en sus miembros y en ellos vence y triunfa, también, por la misma intimidad de vida, que existe entre el Hijo y la Madre es esta perseguida y triunfa en sus hijos de adopción. Todo esto brota espontáneo de la exégesis de la sección del *Apocalipsis* 11, 19-12, 18, interpretada como lo dejamos hecho, según su sentido literal histórico y ampliada a la luz del principio de la analogía que hemos mencionado.

A esta exposición pudiera hacerse una objeción. San Juan, el discípulo amado, a quien el Señor encomendó su Madre en la cruz, ¿no conocía todo esto? Y si lo conocía, ¿cómo podrá ponerse en duda, que intenta expresarlo en esta sección del *Apocalipsis*, dándola un doble sentido literal? Porque San Juan, como hombre, aun bajo la inspiración divina, obraba según las leyes de la psicología humana y esta psicología excluye esos dos sentidos distintos, que no podemos decir incluidos uno en otro. Así mismo, seguía la otra ley de no expresar, cuando hablaba, todo cuanto sabía sobre un tema determinado, antes debía concretarse a un aspecto concreto de ese mismo tema. Jesucristo mismo se atenia a esta ley y conforme a ella debemos interpretar siempre sus palabras según su contexto y no

según el alcance de su ciencia, que aun la humana se extendía hacia el infinito.

Con esta explicación, que creemos fundada en la naturaleza de la Escritura y en la autoridad de los Padres, satisfacemos las justas exigencias de la devoción mariana y de la teología mariológica, dejando a salvo los legítimos derechos de la exégesis científica. La riqueza de verdad que Dios depositó en la Sagrada Escritura es muy grande, y no podemos empequeñecerla según la estrechez de nuestra mente.